

La venida del Reino

2 Pedro 1:1-11, 16-19

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Índice

1 - El Reino eterno	3
2 - La palabra profética	3
3 - Una lámpara que brilla en un lugar oscuro	4
4 - Los gobiernos del mundo	4
5 - Una vista previa del Reino	5
6 - Dos clases de resucitados con el Señor	5
7 - Armonía entre el cielo y la tierra	6
8 - El Reino no es el cielo	6
9 - Nuestro lugar futuro	7
10 - La fe es primordial	7
11 - La parábola de las minas	8

1 - El Reino eterno

En primer lugar, para indicar mi tema, llamaré su atención sobre el versículo 11, donde se habla del «reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo». Después de mencionarlo, el apóstol Pedro nos asegura que, al escribimos acerca de este reino, no nos está hablando de algo ficticio. No estamos siguiendo fábulas ingeniosamente imaginadas. Es algo absolutamente seguro y cierto; no es un sueño poético, sino un hecho que debe establecerse realmente y ser visible aquí en este mundo. Se acerca el momento en que el Señor Jesucristo se levantará, afirmará su poder, hará respetar los derechos de Dios en este mundo y establecerá, sobre las ruinas de la administración humana, un dominio real para gloria de Dios.

Queridos amigos, no sé qué sienten al mirar la tierra con la mayor amplitud posible. Por mi parte, mi corazón clama por la venida del Reino; e incluso puedo decir que solo tengo esperanza de paz y bendición para los hombres mediante su establecimiento. Cuanto antes venga, antes pondrá fin a la autoridad y al dominio del hombre, antes extenderá el dominio de Dios sobre la tierra, y mejor será.

2 - La palabra profética

La última parte de este capítulo nos presenta muy claramente 2 cosas que nos aseguran que el Reino está a punto de hacerse realidad; la primera es la palabra profética. A lo largo del Antiguo Testamento se anuncia este momento glorioso, el gran cumplimiento de todos los caminos gubernamentales de Dios con este mundo, el momento en que veremos la perfección de la administración terrenal, así como, en la actualidad, vemos la perfección de la obra de gracia de Dios, mediante la difusión del Evangelio. Los apóstoles, siguiendo a nuestro Señor Jesucristo en la tierra, tenían de hecho la mente llena de este Reino; esto los obsesionaba hasta tal punto que, sin prestar atención a *todos los* profetas y a *todas las* Escrituras, no veían que el único fundamento sobre el que podían edificarse las glorias del Reino venidero eran los sufrimientos de Cristo. Omitían que cuando viniera el Mesías, primero tenía que sufrir para que el Reino pudiera establecerse en justicia. Hoy tendemos al extremo opuesto, porque sabemos por la gracia de Dios lo que sucedió cuando Jesús vino aquí en humillación y sufrió; por lo tanto, tendemos a espiritualizar el magnífico anuncio de su gloria terrenal venidera, identificándola tal vez con su ascensión a la diestra de la Majestad en las alturas, y así olvidamos que la mayor parte de las

profecías del Antiguo Testamento esperan su glorioso cumplimiento.

3 - Una lámpara que brilla en un lugar oscuro

«Tenemos más firme la palabra profética», dice el apóstol, y compara esta palabra profética con una lámpara que alumbra en un lugar oscuro. Recientemente encontré una excelente obra de un destacado erudito griego que contribuyó mucho a la interpretación de la Palabra hace años; al abrir una página en la que hablaba de este pasaje, vi que se había tomado la libertad de sustituir otra palabra para darnos el sentido del original. Lo tradujo así: «una lámpara que brilla en un lugar *oscuro*» (v. 19). Eso es exactamente lo que es este mundo. ¿Quizás ustedes se sientan encantados con el tiempo presente? Miran los descubrimientos de la ciencia y los ingeniosos inventos de los hombres; el hombre es una criatura ingeniosa y muy activa, especialmente cuando se trata de producir máquinas de destrucción, y todo esto les parece maravilloso y muy impresionante; sin embargo, queridos amigos, el mundo es un lugar sórdido. Los hombres y las mujeres están movidos por el egoísmo; por naturaleza, el «yo» es el gran maestro pensador de cada uno, hombre, mujer y niño; la mancha del pecado está en todas partes. Cuando los santos ángeles visitan este mundo, deben sentir lo mismo que sentiríamos nosotros, si después de haber sido criados en un entorno decente fuéramos al barrio más sucio y sórdido. Nuestro mundo, a pesar de todo lo que se ha hecho con nuestros espléndidos edificios y nuestros hermosos inventos, es el sórdido barrio de la vasta creación de Dios.

4 - Los gobiernos del mundo

No me sorprende que los hombres y mujeres de este mundo se sientan desesperados; desearía que lo estuvieran aún más. El hombre lleva 6.000 años experimentando el arte de gobernar. Hemos probado prácticamente todas las formas de gobierno, hasta llegar a la particularmente sórdida conocida como bolchevismo; parece que no hay nada mejor que ofrecer. Pero es precisamente ahí donde brilla la luz del Reino venidero. Dios nos recuerda la hora en que él tendrá la supremacía, el día en que el gobierno estará en las manos perforadas de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, en que él tendrá el dominio y será presentado al mundo como lo fue Joás después de que la malvada Atalía hiciera lo peor, y en que todos gritaremos entonces «¡Viva el

Rey!» (vean [2 Reyes 11:12](#)).

5 - Una vista previa del Reino

Al final del capítulo, el apóstol nos asegura que tenemos la palabra profética más firme, o confirmada, por esta maravillosa visión del Reino venidero que se le permitió ver, en privado con Santiago y Juan, cuando el Señor los llamó aparte en el Monte santo de la transfiguración. Allí vieron, por así decirlo, un anticipo del Reino. Estudien los relatos de los Evangelios y verán que la transfiguración tuvo lugar justo cuando el Señor Jesús anunció a sus discípulos la noticia de su muerte inminente. Él conocía todas sus expectativas y el efecto que esa noticia tendría sobre ellos. Sabía que eso destruiría sus esperanzas y los sumiría en la desesperación y la tristeza; por eso, tan pronto como les dijo que lo que le esperaba no era el establecimiento de una gloria visible, sino su rechazo y su crucifixión entre 2 malhechores a las puertas de la ciudad, fue como si les dijera: “Pronto me veréis rechazado y crucificado, pero os aseguro que mi reino es real y será establecido”. Así que llamó a 3 testigos de entre sus discípulos, los 3 principales, al igual que David había tenido 3 más fuertes entre sus hombres fuertes, y los llevó al Monte para darles una visión privada de las glorias del reino venidero.

6 - Dos clases de resucitados con el Señor

¿Qué vieron? Lo vieron a él, transfigurado ante ellos, con el rostro resplandeciente como el sol, supremo en autoridad y poder, y sus vestiduras blancas como la luz; y vieron a 2 santos glorificados: Moisés y Elías (vean [Mateo 17:3](#)). Moisés murió por mano de Dios, y su funeral fue dirigido por la misma mano todopoderosa; Elías no pasó por la muerte, sino que fue arrebatado al cielo en un carro de fuego. Estos 2 santos, representativos de los santos, fueron vistos con Cristo en la gloria. Representan a los santos celestiales que serán glorificados cuando Jesús venga a buscar a los suyos, según [1 Tesalonicenses 4](#); estarán compuestos por 2 clases: los que han muerto y serán resucitados en cuerpos gloriosos, representados por Moisés; y los que están vivos, que serán transformados en los mismos cuerpos gloriosos en un abrir y cerrar de ojos, sin pasar por la muerte, representados por Elías.

7 - Armonía entre el cielo y la tierra

En la montaña también estaban los 3 discípulos: hombres de carne y hueso, que vivían en este mundo, como nosotros, en las condiciones normales de la vida humana. Así, cuando venga el reino, el Señor Jesús tendrá la autoridad suprema, los santos disfrutarán de una parte celestial con él, y los santos en la tierra serán iluminados por esta escena celestial. El cielo y la tierra serán llevados a una dulce armonía, teniendo todo su centro en el mismo Hijo de Dios, el Señor Jesús glorificado. Queridos amigos, demos gracias a Dios, no solo por tener la palabra profética, sino por haber visto y confirmado una muestra del reino, y porque lo veremos en su totalidad cuando llegue el gran día del reino de Dios.

8 - El Reino no es el cielo

Ahora quisiera llamar la atención sobre el final del versículo 11. Dice: «Pues así *se os dará* amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo». A la luz de este versículo, es evidente que hay una entrada rica en este Reino, y una entrada que no es rica; en otras palabras, la naturaleza de nuestra entrada en este Reino depende de ciertas condiciones. Debo hacer aquí una pequeña distinción. No confundan el Reino eterno con el cielo. Para utilizar una imagen, distingan entre la esfera de los negocios y la esfera familiar.

Supongamos que un hombre próspero planea retirarse de los negocios y convertir su floreciente empresa en una sociedad. Tiene 3 hijos, todos ellos en su empresa. La cuestión ahora es qué puesto ocupará cada uno de sus hijos, ya que el padre, el personaje principal, asumirá la presidencia de la sociedad. Puede pensar: “Jorge es un chico brillante, con muy buena cabeza; es el hombre que necesitamos al frente para llevar las riendas, Jorge será el director general. Ahora bien, Harry es un buen chico, muy trabajador y con una motivación que le llevará lejos, pero no tiene mucho criterio. Harry será jefe del departamento de ventas y tendrá a los representantes a sus órdenes. Y luego está nuestro querido Frank, muy encantador, muy fiable, pero pésimo en los negocios. ¿Qué hacemos con él? Le daremos un rinconcito cómodo en la oficina de contabilidad y que se quede allí”. Pero una vez en casa, por la noche, dice: “Jorge, como director general, tú te sientas ahí y tienes lo mejor de todo en la mesa. ¿Y tú, Frank, te quedas con las sobras?”. ¡Ni hablar! Como hombre sabio, no introducirá esas distinciones en el círculo familiar. Aquí todos son iguales y todos

son amados por igual. Esta diferencia entre el círculo familiar y el círculo profesional ilustra la diferencia entre la Casa del Padre, donde estaremos en la relación bendita de hijos, y el Reino, con sus recompensas según nuestra fidelidad y nuestro carácter.

9 - Nuestro lugar futuro

El lugar que ocuparemos en el cielo no estará determinado por nuestras cualidades o nuestro celo; si somos aceptados, es en el Amado. Si por gracia ustedes son creyentes, están aceptados en Cristo; tienen el lugar de hijos, y el amor del corazón del Padre que brilla sobre ustedes es invariable. No se reconocen las diferencias; si son hijos de Dios, todo es suyo tanto como del apóstol Pablo. Pero está el Reino, representado por la esfera de los negocios, en mi ilustración. En ese día, el Señor Jesús utilizará a sus santos en la administración de su Reino. Dará 10 ciudades a uno, 5 ciudades a otro, como dice la parábola del Evangelio de Lucas. Aquí habrá una diferencia. Exhorto seriamente a todos los cristianos, en particular a los jóvenes creyentes, que, si el Señor no viene dentro de unos años, tienen toda la vida por delante, a que hagan buen uso de lo que se les ha confiado. Créanme, muchos de nosotros tendremos solo un pequeño lugar en el día del Reino, aunque en el cielo estaremos en la plena bendición de la relación que tenemos en Cristo.

10 - La fe es primordial

Ahora, permitidme hacer esta pregunta: ¿qué determinará el lugar que tendremos en el Reino venidero? Este es el tema de los primeros versículos de este capítulo. Los versículos 1 al 4 hacen hincapié en las cosas que se nos han dado. El versículo 1 habla de lo que *hemos recibido*; el versículo 3, de todo lo que se refiere a la vida y la piedad, *dado* por el poder divino; el versículo 4, del hecho de que *hemos recibido* las promesas grandísimas y preciosas. Estas cosas *nos han sido dadas, son nuestras*. Pero a partir del versículo 5 hay un cambio. Se dice: «Por esto mismo *también*» además de todas estas grandes realidades benditas que nos han sido dadas por la gracia de Dios— «añadid a vuestra fe, virtud; a la virtud, conocimiento». La fe es evidentemente por donde empezamos; no se puede ser cristiano sin fe. Añadid a la virtud el conocimiento, y al conocimiento la templanza (o moderación); a la templanza, la

paciencia (o resistencia); a la paciencia, la piedad; a la piedad, el afecto fraternal; y al afecto fraternal, el amor, que es la gracia cristiana suprema; es la naturaleza misma de Dios. Parece que la forma en que los traductores lo han formulado no es exactamente el sentido del original. Sería mejor decir: “Tened *en* vuestra fe la virtud”, y así sucesivamente (N. del T.: la versión inglesa J.N. Darby tiene «en» en lugar de «a»). Al leer «Añadid a vuestra fe la virtud», la idea es como la de añadir ladrillo sobre ladrillo; pero al leer «tened en vuestra fe la virtud», la idea es más bien como esta imagen: en abril aparece un pequeño brote frutal en un manzano. De hecho, en ese brote, una o más manzanas se encuentran en una forma muy elemental, embrionaria; si no están allí en estado embrionario, nunca llegarán a la madurez cuando llegue septiembre. Son microscópicas, pero están ahí; del mismo modo, nuestra fe lleva realmente en sí misma, en forma embrionaria, todas esas otras gracias. ¿Qué necesitamos? **Diligencia**, bajo la influencia del Espíritu de Dios, por gracia, para que podamos madurar y dar fruto; al igual que, bajo la influencia del verano, la savia sube por el tronco y las ramas hasta los brotes y, silenciosa pero seguramente, los desarrolla hasta la perfección. Cristianos, esto es lo que determinará nuestro lugar en el Reino.

Yo lo diría así: lo que determinará vuestro lugar en ese día es la medida en que se encuentre en vosotros un carácter cristiano sólido, la reproducción en vuestra vida de las excelentes gracias que se vieron en Jesús en toda su perfección, *eso es* lo que agrada a Dios. Si el carácter de Cristo es claramente visible en un creyente, no os sorprenderá que el Señor Jesús lo elija para un lugar importante en el día de Su Reino.

11 - La parábola de las minas

El tiempo no me permite leer otros pasajes de las Escrituras, pero si conocen [Lucas 18](#), donde se encuentra la parábola de las minas, aprenderán que *el servicio* contribuirá a determinar nuestro lugar en el Reino. Cuando el Señor vuelva, después de recibir el Reino, llamará a sus siervos ante él para saber *cuánto* ha ganado cada uno con su comercio. Tomando también [1 Corintios 3:13](#), vemos cómo el servicio será probado para el reino, para ver si los hombres han construido con oro, plata, piedras preciosas –cosas que resisten el fuego– o con madera, heno, paja –cosas que son destruidas por el fuego–; porque «la obra de cada uno será manifestada... el fuego probará cómo es la obra de cada uno». En cuanto a nuestro servicio, to-

memos en serio estas palabras “cuánto” y “cuál es”, porque nuestra posición en el reino será según nuestro servicio al Señor rechazado.

Hay aún una tercera cosa; al considerar [2 Timoteo 2:12](#): «Si sufrimos, también reinaremos con él», es evidente que no solo el servicio, sino también el *sufrimiento*, contribuirá a determinar el lugar del creyente en el Reino. Esteban, por ejemplo, no recorrió muchos países llevando el Evangelio a un gran campo, como lo hizo Pablo. Pero Esteban murió por su Maestro; Esteban sufrió, aunque su rostro resplandecía como el rostro de un ángel; se le reservará un gran lugar en el Reino.

Así, a la luz de estas Escrituras, creo que 3 cosas determinarán nuestro lugar en el Reino: el servicio, el sufrimiento y el carácter, el carácter de Cristo desarrollado como fruto de nuestra diligencia, bajo la mano de Dios y en medio de las tensiones de la vida cotidiana.

Ahora que las reuniones están prácticamente terminadas, haría un último llamamiento. ¿Tienen una nueva perspectiva de la verdad divina? ¿Es la Palabra de Dios más preciosa para ustedes? ¿Cómo la utilizarán en vista del Reino venidero? ¿Serán, según la alegoría de John Bunyan (1628-1688) [\[1\]](#), como el hombre de la casa del «Intérprete», que vieron la esposa de «Cristiano» y sus hijos? Recuerden que fueron llevados a una habitación muy sucia, donde vieron a un hombre con un rastro en la mano, recogiendo la suciedad del suelo, y justo detrás de él había un ángel con una corona de gloria. Pero el hombre no lo miró y siguió recogiendo la suciedad del suelo.

[1] En su libro: “El progreso del peregrino”

¡Cuántos hay entre los hijos de Dios que, como ese hombre, recogen la suciedad! ¡Cuántos hay que solo se preocupan por las riquezas y por tener éxito en este mundo! Y cuántos hay que ponen a Cristo por encima de todo: Sus intereses, su amor, su servicio y el día del glorioso reino venidero. Que Dios nos ayude a mantener ante nuestras almas al Salvador que viene, resplandeciente como la brillante estrella de la mañana, y a vivir con la vista puesta en la llegada de su día luminoso. Al hacerlo, no seremos atrapados por las seducciones de este mundo; Cristo y su Reino serán nuestro objetivo supremo. ¡Qué gloria será cuando resplandezcamos a su aparición! ¡Aún más dulce será el gozo de la Casa del Padre y de toda la plenitud del amor del Padre!